



Ignacio Zuloaga, manzanas

## LAS DIRECCIONES EN EL BODEGÓN

Por MICUEL MOYA HUERTAS

**E**n otras páginas hemos propuesto una revisión estética del arte de la naturaleza muerta, e incluso nos atrevimos a rectificar ciertas terminologías al uso, y hasta recelamos el asomo teórico que se presente al margen de la obra individual. Pocas Exposiciones españolas como la reciente y memorable del Museo Nacional de Arte Moderno han suscitado una concentración del interés de los profesores y de los críticos, ni levantaron nunca tan alto el vuelo de la curiosidad del profano entusiasta. Esto siempre y cuando se admita que el público no entiende lo que siente, afirmación tan injusta como su contraria, la que asegura que el placer o deleite del arte disminuye o se mitiga conforme crecen la sabiduría científica, el rigorismo del aprecio histórico, los pruritos de la erudición y el pedante afán por los esquemas.

La crítica de arte descubre al aficionado los territorios de su claroscuro subconsciente, zona perdida en sombras, donde el destello de la intuición, chispa fecunda de la visión directa desprovista de razonamientos intermediarios, almacena verdades que pasan como vislumbre rápida del objeto estético, y que, por ello, esperan del mentor una fijación perdurable y una aclaración convincente. El crítico ha de explicar los poderes ocultos que yacen bajo el pensamiento rector del artista, ha de estimar la obra como resultado de un proyecto y no debe negarse a comprender las variaciones sociológicas del

gusto y el complejo histórico-geográfico donde la personalidad del artista se ha producido.

Una Exposición limitada por el argumento, por el ámbito artístico y por índices temporales que pertenecen a lo contemporáneo, favorece toda suerte de experimentaciones, sirve a la polémica y muestra ante los demás lo que la sólida paleta española sabe construir. Imaginad lo que dirían estos cuadros en pro de la cultura de España si fueran en tránsito de viaje sentimental, llevando a otros cielos nuestro propio celaje pictórico, nuestra luz plasmada, para abandonar en la remota retina de pueblos distantes el viso esencial de la Patria. Quizá conozca nuestra Historia crisis de producción intelectual, silencios momentáneos en disciplinas de cogitación; acaso calle nuestra música o tal vez haya decenios que apaguen la llama de los laboratorios; pero la pintura de España, para decirlo con el verbo selecto de Ortega y Gasset, «arde» inextinguible sobre los páramos y el agro, y transcurre en río flamígero desde el potente colorismo de Bermejo hasta la espesa pintura de Solana.

Otro aspecto de la Exposición pudiera ser el de la eficacia renovada del oficio de los maestros. En rigor, nunca hemos admitido como credo y clasificación inapelables la triple y consuetudinaria etapa que ensambla, como en tres piezas de arbitraria carpintería, las consabidas épocas que fraccionan